

De Parma, á Plasencia; de Plasencia, á Pavía; de Pavía, á Bérgamo, otros quince días de marcha, y de ellos la mitad debajo de la lluvia.—«No se me quitan de la cabeza las desolladuras de tus pobres pies,—se lee en una de las cartas de la madre,—y no puedo hacer más que enviarte dolorosos suspiros.»—«Remíteme calcetines de hilo,»—contesta el hijo.

Bérgamo constituye la última etapa, y desde ella comienza de nuevo la narración de Alberto.

REGRESO

A todo esto habían llegado los últimos días de Diciembre y seguía en Bérgamo con mi regimiento, distrayéndome con los libros del servicio de guarnición, que siempre, pero especialmente después de una guerra, es de una monotonía y una pesadez insoportables. Ni siquiera se me pasaba por las mientes la idea de volver á casa, porque, por una parte, no había comenzado aún el período de las licencias temporales, y, por otra, oía decir con frecuencia que el coronel no quería concederlas, pues de lo contrario todos las hubiesen solicitado. Y, sin embargo, mi madre seguía escribiéndome que «de todos modos y costara lo que costara, quería verme, y no podía continuar como hasta entonces,»—y yo le respondía, —«que tuviera un poco de paciencia y aguardara algo más,» —y ella,—«no es posible,»—y yo vuelta á tranquilizarla, y así transcurrían los días y las semanas.

Una mañana oigo que llaman á la puerta de mi habitación: abro:—¡Qué veo! ¡Coronel!

Saludóme con mucha gravedad, no quiso sentarse, me dijo que venía de Venecia, que marchaba á Milán, que tenía buenas noticias de mi familia... Al llegar á este punto miróme en el rostro, y con tono que participaba de reprensión y de lástima, me dijo:

—Me hago cargo de que tienes vehementes deseos de volver á tu casa.

—Después de una campaña...—observé yo humildemente.

—¿Y á eso llamas tú campaña?—contestó malhumorado.

—No digas tal: no han sido más que cuatro marchas mal dirigidas y cuatro escopetazos mal disparados.

Yo me callé, y él continuó muy grave y muy serio:

—Es menester que te acostumbres á mirar el regimiento como tu verdadera familia.

Yo callaba como un muerto, y él:

—Para que se te endurezca un tanto ese corazoncito de cera, para acostumbrarte un poco á la vida del soldado, que no sabes aún lo que es, permite que te lo diga, te convendría hacer una campaña en la India, que, cuando menos, durara cinco años.

Yo callado, y él continuó:

—Esa impaciencia, esa injustificada necesidad de acercarse á las sayas... en una palabra; de volver á casa, es soberanamente antimilitar.

Yo siempre mudo. Siguió una breve pausa, y dulcificando un tantico la voz, añadió:

—He hablado á tu coronel; y te concede una licencia de cinco días: puedes partir ahora mismo.

No sabía lo que me pasaba; quise manifestarle toda mi gratitud, decirle que le era deudor de una dicha incomparable, que jamás olvidaría... Cortóme la palabra diciéndome que marchaba inmediatamente; se despidió de mí, y al hallarse junto á la puerta volvióse y me dijo:

—¡Sé soldado!

Y se fué. Dí un salto que alcancé al techo, y grité: —¡Remigio!—Presentóse éste.—Arréglame la maleta inmediatamente.—Cuando supo adónde iba, pareció más contento que yo mismo.—¡Qué contenta se va á poner su señora madre! Me parece que la estoy viendo.—Pon la imagen de

Santa Teresa, las flores secas, el estuche y los cigarros,—le dije. Él me miró sorprendido.— ¡Es verdad, tú no sabes dónde están! Ahí los tienes.— Y abriendo una cajita que guardaba siempre cerrada, saquélo de ella y se lo entregué.— ¡Todo lo ha guardado!— exclamó aquel pobre muchacho juntando las manos en ademán de sorpresa. Y durante buena pieza siguió mirando, ora á mí, ora á los objetos, sonriendo y exclamando afectuosamente: — ¡Hasta las flores secas!

De cuanto hice antes de partir, sólo recuerdo que después de haber visitado al coronel, comencé á dar vueltas por la ciudad, y cogiendo del brazo á cuantos amigos topaba en la calle, no terminaba en el capítulo de las alabanzas respecto de las bellezas de Bérgamo: — ¡Mira qué cielo! ¡contempla qué montañas! ¡observa qué magnífica llanura!— Y los amigos se encogían de hombros. El asistente me acompañó á la estación; pagué el billete y me olvidé de cobrar la vuelta; puse un despacho telegráfico á mi madre, diciéndole no sé qué majadería al telegrafista, que tuvo la bondad de reirse; fumé, ó por mejor decir, deshice á bocados dos ó tres cigarros en pocos minutos, y finalmente...— Señor teniente,— me dijo Remigio, entregándome la maleta en el instante en que comenzó á sonar la campanilla,— hágame usted el favor de saludar en mi nombre á su señora madre, y de decirle que nunca he olvidado, ni olvidaré las bondades que ha tenido para mi familia y para mí, y que siempre...

—Y que siempre la has querido mucho, sí, puedes decirlo, mi buen Remigio: nada olvidaré: hasta la vuelta: ¡adiós!

— ¡Feliz viaje, señor teniente!

El tren se puso en movimiento: asomé la cabeza, y ví á mi asistente de pie junto á la valla, el cual en cuanto pudo distinguirse alzó la mano á la visera del kepis, y permaneció en la misma respetuosa actitud en tanto pudo verme.

Debía llegar á Turín á las diez de la noche.

En el andén de la estación de Milán estaba formado un

batallón de infantería que debía embarcarse en el mismo tren: reconocí á un oficial amigo mío, y le llamé:— Vamos á Turín, me dijo.— Estamos esperando que enganchen más vagones: va con nosotros el coronel y la plana mayor, que quedarán en Turín, de donde nos escriben que se nos prepara una recepción entusiasta... ¡Sólo esto nos faltaba! Los aplausos me producen al presente peor efecto que los silbidos. ¡Adiós, esperanzas! Pediré la absoluta y me iré á desempeñar el cargo de consejero comunal en un villorrio. Seré capitán de la guardia nacional, me suscribiré á la *Gaceta*, usaré calzones anchos, me casaré, tomaré tabaco y moriré caballero. Es mi destino. ¡Adiós!

Su regimiento, cuyo número no recuerdo, se había portado valerosamente en la batalla de Custoza.

Aquel viaje de Milán á Turín fué eterno.— ¡Qué tormento, —decía,— estar encerrado en esta maldita jaula! Aquí no hay aire, aquí no se respira, debería haber asientos encima, ¡qué diablo! Pero ya que no podemos otra cosa, gocemos anticipadamente con la imaginación las impresiones de nuestra llegada. Supongamos que nos hallamos ya en la estación. No, es demasiado pronto: procedamos con más calma. Supongamos estar fuera de las murallas de Turín, pero muy lejos aún. El tren anda, y anda, y anda; ahí están las murallas; ¡qué dicha! Ahí están las primeras vallas de la estación... Pero no, supongamos un impedimento cualquiera; detengámonos; anda demasiado este maldito tren. Adelante, se entra en agujas, el tren se detiene, no, ¡todavía no! ¡qué importuna rapidez! déjame que disfrute con toda comodidad, así, despacito. ¡Dios mío! ya he bajado: he ahí á la gente que aguarda agrupada en el exterior; he ahí... ¡Qué calor el que produce este pesado capotón! ¿Pero cómo lo hacéis vosotros para dormir? —decía para mí, contemplando á los demás viajeros de mi departamento.— ¿Cómo os las componéis vosotros para dormir con esta fiebre que... á mí me devora?

¡Ah, pero ahora no es ilusión! Lo que tengo á la vista son las bellas colinas de Turín, estos son sus campos, sus casas, sus murallas, las empalizadas de la estación: ¡he ahí los tres palacios de la Vía de Niza! ¡Ahí está aquella ventana! ¡Cielos! ¿Quién es el que está en la ventana, que levanta y baja los brazos á modo de saludo? Es él, es él, el abuelito... ¡Qué oigo! la música, los faroles. Todo como en aquella noche. El tren se detiene, me apeo, salgo á escape, ¡qué muchedumbre! ¡ah! ahí están, ahí están todos, me han visto, me tienden los brazos... — ¡Madre de mi alma! — Todavía siento la dulce y enérgica impresión de aquellos brazos que me estrechan convulsos, todavía escucho los sonos de la música, todavía distingo aquellas luces.

Nos hallamos delante de la puerta de casa, se abre, me echo en brazos de mi pobre viejecito, que ríe y llora al par sin poder pronunciar una sola palabra: ahí están todos sus nietecillos, un beso á cada uno, fuerte, apretado, que deja huella en sus mejillas, la señora napolitana, su hijo. — ¡Gracias por el plano topográfico! — le digo, y todos se echan á reír. Llegan los demás vecinos, sostengo un impetuoso asalto de saludos, de felicitaciones, de apretones de mano, de preguntas; mi madre no me deja, no se separa de mí, me disputa á todos, me mira, me toca los brazos, las espaldas como si quisiera convencerse de que he regresado completo; mis hermanas van de un lado á otro para aprovechar un claro á fin de poderme abrazar otra vez, los pequeños saltan á mi lado. Es aquello una verdadera fiesta.

Al cabo, y uno después de otro, los amigos y los vecinos se van retirando; mi hermana mayor se marchó á su casa, la menor se fué á acostar, vertiendo lágrimas de ternura, mi hermano pequeño se fué, y quedamos solos, completamente solos mi madre y yo.

Al vernos sin testigos, nos sentamos apresuradamente el uno delante del otro, acercando las sillas, y cogiéndonos por

ambas manos, como hacen los enamorados cuando no tienen quien les espíe, y mi madre, después de haber exhalado un profundo suspiro, que sintetizaba entera toda la historia de la guerra, comenzó á hablarme con voz profundamente conmovida:

— ¡Qué días he pasado, hijo de mi vida! ¡Qué ansiedad! ¡Cuántos sobresaltos y congojas! No te lo escribía, para no entristecerte; pero después que te fuiste, esta casa me parecía desierta. No oír á la hora de costumbre el rumor de tus pasos subiendo la escalera apresuradamente, tu voz alegre, aquel campanillazo que á todos nos ponía en movimiento para ver quién llegaba el primero á la puerta; no tener que pensar por tí, á fin de evitar que se te pasara la hora de ir al cuartel... ¡Qué noches tan eternas! ¡Y los días! Si brillaba el sol, pensaba:— ¡Pobre Alberto! ¡En marcha con este calor! — Si llovía:— ¡Pobre Alberto! ¡Cómo se pondrá con esta lluvia! — Llegada la noche me daba casi vergüenza el acostarme considerando que tú dormías sobre el duro suelo, y cuando tronaba, despertábame, encendía la luz y decía:— ¡No es posible, no es posible que duerma yo con este tiempo! ¿Quién sabe dónde estará ahora aquel hijo de mis entrañas! — Hasta dí en ser supersticiosa á fuerza de pensar incesantemente en tí: iba á buscar cualquier cosa y me decía:— Si la encuentro, buena señal: si no la encuentro;... — ni más ni menos que las comadres callejeras. El corazón se me oprimía arreglando tus libros, tus vestidos, las cosas más insignificantes de tu pertenencia. Era para mí un tormento insoportable ver y oír que aquí, en la vecindad, había gentes que estaban alegres; el ver jóvenes de tu edad y de tu condición que, tranquilos y contentos, paseaban por la ciudad me hacía daño; me asomaba á la ventana para ver los pocos soldados que pasaban, y no los perdía de vista hasta tanto que habían desaparecido; me parecía que tenían algo de tí. Leía y releía todas tus cartas de años anteriores, y reconstruía en mi mente tu his-

toria, la nuestra, comenzando en aquellas noches en que siendo niño velaba junto á tu lecho, y después cuando ibas á la escuela, y yo lloraba si volvías debiendo hacer la *composición*, y yo te la hacía, arreglándome de manera que mi letra se pareciera á la tuya, y miraba, no pudiendo hacer otra cosa, y bañaba con mis lágrimas la *Antología latina* cuando te desesperabas porque no lograbas salir adelante con la traducción. Y luego recordaba los años que has permanecido en el colegio, y la temporada que pasaste aquí tan alegre, tan feliz, y aquella noche que llegó á mis oídos aquella música que me desgarraba las entrañas, y me metía en un rincón de mi gabinete tapándome los oídos con las manos... ¡El temor de perderte de un momento á otro, hacía que me pareciera casi un sueño el tener un hijo llamado Alberto! ¡Parecíame que habían transcurrido muy pocos meses desde el primer día que te había visto! Y por la noche, después que tu hermana se había acostado, yo me quedaba aquí, en este mismo gabinete, sola, y cayendo de rodillas allí, mira, al lado de aquel lecho, rogaba á Dios, como nunca le había rogado, y le ofrecía mil veces mi vida con tal que salvara la tuya, y pronunciaba cien veces tu nombre en alta voz, como si tú hubieses podido oirme, hasta que, falta de fuerzas, sentía que se me oprimía el corazón y me parecía que iba á fallecer... Pero estás aquí, á mi lado, sano y salvo, y puedo mirarte, y hablarte, y abrazarte, y estrechar tu rostro contra mi pecho. ¡Me parece un sueño! ¡Me parece imposible! Dime que estás aquí, Alberto, dime que me escuchas, que me oyes, que me ves llorar...

Yo caí de rodillas á sus pies.

—¿Qué haces, hijo mío? ¡Levántate!

—¡Oh no, madre del alma! Escúchame. Si he sufrido, sólo he sufrido por tí, á quien quiero más que á mi vida. ¿Estaba rendido de cansancio? ¿Ahogábame la sed? Pensaba, aquella pobre mujer lo imagina, y sufría. En cambio, ese

afecto intenso que por tí siento, me comunicaba fuerza y valor. ¿Padezco? decía, ¡oh! mi madre ha padecido mucho más por mí y con mayor heroísmo, pues enferma disimulaba sus sufrimientos para que no me apercibiera yo del dolor y del peligro. Y pensando en tí, en el cariño que me profesas, en lo mucho en que estimas mi corazón y mi carácter, la idea, sólo la idea de un sentimiento villano en el campo de batalla, me daba horror, porque me parecía un ultraje hecho á tu persona, y antes que ultrajarte hubiera querido morir. Y yo también, yo también reconstruía en la mente tu historia en aquellas largas noches pasadas bajo la tienda, y á la manera que los pequeñuelos fantasean á su antojo el paraíso, imaginaba verte pequeñuela, y después joven, cuando allá, en tu jardín de Sallona, leías los libros que más tarde pusiste los primeros en mis manos, y después esposa y después madre, y cuando estaba enfermo, para distraerme, hacías aquellos sombreros de papel, ¿te acuerdas? y te los ponías en la cabeza y tocabas el tambor con dos cuadrillos sobre el respaldo de la silla, y me traías el café á la cama, y yo no quería tomarlo y tú me decías:—Deja que te lo traiga, esto me sirve de consuelo.—Y luego la manera cómo asististe á mi pobre padre enfermo; aquellas eternas noches en vela ¡amada, santa mujer! Y más tarde, cuando volví del colegio y tú me besaste la levita.—Pero ¿quién es esta mujer?—me preguntaba:—¡mira qué loco! ¿por qué me ama, por qué me adora hasta el extremo de que yo sea por ella la vida, la felicidad, el mundo entero? Pero ¿por qué, por qué? ¿Qué méritos son los míos? ¿Quién soy yo? ¿No hay, por ventura, muchas y muchas madres que no son, que no hacen lo que hace ella? ¿Qué razón hay, pues, para que Dios me concediera á mí, precisamente á mí, ese ángel del cielo? Y ya que me lo ha concedido ¿por qué no ha hecho siquiera que yo fuese un hijo digno de ella? No, no, deja que te lo diga: ¿qué hacer para corresponderte como mereces, para compensarte? Aun poniendo á tus

pies la corona del mundo, ¿pagaría acaso la milésima parte del bien que me ha hecho tu alma hermosa, tu santo corazón? Oye: siempre te lo he dicho, y te lo vuelvo á decir, y lo repetiré eternamente, y lo repetiré en los últimos momentos de mi vida: á vosotras, madres, no se os conoce, pero si fueseis conocidas, si el mundo se ocupara de las grandes madres, como se ocupa de los grandes ciudadanos, á una madre como eres tú, á un ángel de amor como tú eres, no lo dudes, le elevaría un monumento...

Mi madre puso sobre mi boca una de sus manos.

—...Un monumento de oro, y cuantos tienen alma y corazón, y yo el primero de todos, besarían las plantas de tus pies.

—¡Alberto! ¡Alberto! ¡Calla! ¡es demasiado! no quiero escucharte.

Y ambos, cogidos de las manos, anhelantes; yo de rodillas, ella inclinada hacia mí, nos mirábamos en los ojos, llorando, sonriendo, llamándonos por nuestros nombres.

—...¡Y también ahora te beso la levita!— exclamó con ímpetu, y me abrazó y me clavó los labios sobre el pecho, y yo estreché su cabeza contra mi corazón.

Al cabo de pocos minutos, los dos, con la luz en la mano, nos dirigíamos ella hacia su gabinete, yo hacia el mío, situado en el lado opuesto.

Al llegar á los respectivos umbrales, los dos nos volvimos, ella se rió y vino hasta la mitad de la sala.

—¡Alberto!... ¿Quién eres tú?— me preguntó amorosamente.

—¿Y tú, quién eres?

—Tú eres un pícaro.

—Y tú, una santa.

Miróme, movió la cabeza y permaneció durante un rato en el mismo ademán, iluminada por la luz de la bujía, con los ojos humedecidos por el llanto, con un sonris y una

serenidad tan dulces, suaves y apacibles, que verdaderamente parecía una santa.

Al presente, que vivo apartado de ella, ¡cuántas veces al volver á mi casa á las altas horas de la noche, solo, dominado por el tedio, con el peso de algún remordimiento en el corazón, me parece verla en el umbral, inmóvil, en aquel mismo ademán, cual si fuese á decirme:—¡Tú eres un pícaro!

Es una reprensión dulce, pero solemne, que resuena en lo más íntimo de mi ser, y hace que me arrepienta, y haga el firme propósito de ser en adelante más juicioso, más bueno, más digno de ella.

Y durmiéndome, paréceme ver aún delante de los ojos aquella imagen de rostro sonriente y luminoso.